

Miguel Perdiguier Aguilar.

La mirada fotográfica de un siglo

Pilar Sarto Fraj
Fotografía de JAP



Miguel Perdiguier y Rosa Pérez durante la inauguración de la exposición en Andorra.

El lunes 25 de abril, en el patio de la Casa de Cultura de Andorra, se inauguró la exposición fotográfica *Miguel Perdiguier. Con la cámara a cuestas*. La exposición, generada por la Fundación Quilez Llisterri y el Museo de Mas de las Matas, recaló en Andorra en su itinerancia, en este caso con 23 fotografías seleccionadas por el CELAN. Acudió el autor, quien con sus 103 años nos hizo partícipes de su pasión por la fotografía. La presentación, a cargo de Rosa Pérez, fue un diálogo con Miguel y sus recuerdos. Mantuvimos una entrevista con él.

¿Qué recuerdos tiene de Santolea, su lugar de nacimiento en 1918?

Cuando nos tuvimos que marchar, yo creía que se acababa el mundo. Era una mezcla de incertidumbre e inseguridad. Esta foto (la señala) recoge el momento en el que la Confederación Hidrográfica del Ebro paga las tierras y las casas en 1960. Esa es mi casa, aquí las cuatro esquinas, algunos son mis parientes, no era un día de fiesta. Se recogió el dinero y hubo que partir y buscar alternativas de futuro.

De antes, de niño, mis recuerdos pasan por recorrer los barrancos, coger nidos, pescar cangrejos y aprender a hacer mallas, redes, para pescar. Momentos de felicidad. Mi maestro de Santolea le insistía a mi padre en que me sacara a estudiar, pero no había becas ni nada; los préstamos los hacían los prestamistas, no los bancos.

Aunque se jubila con 68 años de la sanidad pública, sigue con su consultorio privado de pediatría hasta los 80 años. Muchos andorranos y andorranas iban a su consulta porque valoraban su profesionalidad. ¿Qué ha significado para usted el ejercicio de la medicina?

Todo, tanto la parte de formación como todos los lugares y especialidades en los que trabajé y los retos que supusieron. Había muy pocos medios, que suplíamos con la relación con el enfermo. Media hora escuchándolo, hablando con él, comentando sus dolencias y generando esperanza, era la forma de trabajar. Ha sido muy satisfactorio para mí y las pequeñas alegrías y éxitos compensan el trabajo y el esfuerzo.

Ha habido dos dedicaciones en su vida: la medicina y la fotografía. Fue Premio Nacional de Fotografía del Banco de Santander en 1985; ha tenido muchísimos premios y sus fotografías han ilustrado libros y periódicos. Ha tenido un buen ojo para la medicina, pero también lo ha tenido para la fotografía, mezclando técnica, rigor y sensibilidad. ¿Cuántas fotos componen su archivo?

180 000. Entonces había que pensar mucho la foto, no es como ahora. La fotografía del premio es esta (la señala), *La huella del tiempo. Peñíscola*. Me ha gustado viajar con mi cámara. Tuve carnet de conducir hasta el 10 de junio de 2021. Con 14 años, en una excursión al castillo de Loarre, me retrató un compañero con una cámara *amateur*. Quedé tan impresionado que me entró el gusanillo y, con lo que me dijo el compañero, me fui al SEPU y me compré una Kodak Baby que costaba 12,90 pesetas. Desde entonces, muchas máquinas y muchas fotos, que yo revelaba en mi laboratorio.

Hablemos de la exposición itinerante que saca a la luz una pequeña parte de su inconmensurable archivo fotográfico. Sus paisajes y retratos nos recuerdan sin artificios cómo

hemos sido la sociedad y la tierra bajoaragonesa, su archivo es la memoria visual de nuestra historia reciente. El título “Con la cámara a cuestas”, le define porque siempre va con ella. Y es un homenaje hacia usted, autor y testimonio de un siglo de vida en el Bajo Aragón. ¿Qué ha supuesto para usted esta exposición?

Una alegría. Yo puse mi archivo a su disposición, normalmente tengo las fotos en A4, siempre lo hago, ahora también, a los nietos y bisnietos, con la fecha, porque es la única forma de que puedan verse una y mil veces; si tenías que buscarlas en los negativos o ahora en el ordenador, no se disfrutaban. Ellos, los de la Fundación Quilez Llisterri y los del Museo de Mas de las Matas, pudieron elegir las y hacer la exposición. Además, el catálogo es especial; la DGA y los comisarios lo han hecho muy bien. Estoy muy contento de los resultados y de que pueda ir por los pueblos y darse a conocer.

La selección es muy buena, incluye alguna foto en color, como esta de otoño en el Bergantes, en la localidad de Aguaviva, que hice en 2009. Me ha gustado investigar y adaptarme a lo que hay. Cuando empecé con el color las primeras fotos fueron una catástrofe, sin calidad, siempre aprendiendo. Hay muy buenas cámaras ahora.

Llevar siempre la cámara es importante porque donde menos lo esperas aparece una fotografía bonita. Muchas de estas ya no se pueden repetir. Y otras me traen muchos recuerdos; esta, por ejemplo, la de José Irazo, el Pastor de Andorra, la tomé en el Ventorrillo en 2003. Estuve con él mucho tiempo, me contó todas sus peripecias, sus aventuras con los Coros y Danzas por Estados Unidos, etc. Y también hay momentos especiales cotidianos, como la foto de las colegialas en el arco del Trinquete de Alcañiz, que son mis hijas, tomada en 1958, o la de mi mujer y mi hijo bañándose en el balde. Me gusta captar momentos, como el humo de los cigarrillos o de las chimeneas y también pequeños detalles.

¿De dónde saca la energía para estar tan activo? No se ha querido sentar durante la presentación, sigue haciendo fotos, se ha traído su cámara, sigue activo con su huerto, su familia...

Tengo mucho tiempo para discurrir y en cualquier sitio encuentro un motivo de satisfacción.

Imágenes, las de esta exposición, muy bien trabajadas, cultivadas por el alma de un artista. Imágenes de buen tempero, las de Miguel Perdiguier. (Ramón Mur en el catálogo)

Miguel Perdiguier Aguilar.

La mirada fotográfica de un siglo

Pilar Sarto Fraj
Fotografía de JAP



Miguel Perdiguier y Rosa Pérez durante la inauguración de la exposición en Andorra.

El lunes 25 de abril, en el patio de la Casa de Cultura de Andorra, se inauguró la exposición fotográfica *Miguel Perdiguier. Con la cámara a cuestas*. La exposición, generada por la Fundación Quilez Llisterri y el Museo de Mas de las Matas, recaló en Andorra en su itinerancia, en este caso con 23 fotografías seleccionadas por el CELAN. Acudió el autor, quien con sus 103 años nos hizo partícipes de su pasión por la fotografía. La presentación, a cargo de Rosa Pérez, fue un diálogo con Miguel y sus recuerdos. Mantuvimos una entrevista con él.

¿Qué recuerdos tiene de Santolea, su lugar de nacimiento en 1918?

Cuando nos tuvimos que marchar, yo creía que se acababa el mundo. Era una mezcla de incertidumbre e inseguridad. Esta foto (la señala) recoge el momento en el que la Confederación Hidrográfica del Ebro paga las tierras y las casas en 1960. Esa es mi casa, aquí las cuatro esquinas, algunos son mis parientes, no era un día de fiesta. Se recogió el dinero y hubo que partir y buscar alternativas de futuro.

De antes, de niño, mis recuerdos pasan por recorrer los barrancos, coger nidos, pescar cangrejos y aprender a hacer mallas, redes, para pescar. Momentos de felicidad. Mi maestro de Santolea le insistía a mi padre en que me sacara a estudiar, pero no había becas ni nada; los préstamos los hacían los prestamistas, no los bancos.

Aunque se jubila con 68 años de la sanidad pública, sigue con su consultorio privado de pediatría hasta los 80 años. Muchos andorranos y andorranas iban a su consulta porque valoraban su profesionalidad. ¿Qué ha significado para usted el ejercicio de la medicina?

Todo, tanto la parte de formación como todos los lugares y especialidades en los que trabajé y los retos que supusieron. Había muy pocos medios, que suplíamos con la relación con el enfermo. Media hora escuchándolo, hablando con él, comentando sus dolencias y generando esperanza, era la forma de trabajar. Ha sido muy satisfactorio para mí y las pequeñas alegrías y éxitos compensan el trabajo y el esfuerzo.

Ha habido dos dedicaciones en su vida: la medicina y la fotografía. Fue Premio Nacional de Fotografía del Banco de Santander en 1985; ha tenido muchísimos premios y sus fotografías han ilustrado libros y periódicos. Ha tenido un buen ojo para la medicina, pero también lo ha tenido para la fotografía, mezclando técnica, rigor y sensibilidad. ¿Cuántas fotos componen su archivo?

180 000. Entonces había que pensar mucho la foto, no es como ahora. La fotografía del premio es esta (la señala), *La huella del tiempo. Peñíscola*. Me ha gustado viajar con mi cámara. Tuve carnet de conducir hasta el 10 de junio de 2021. Con 14 años, en una excursión al castillo de Loarre, me retrató un compañero con una cámara *amateur*. Quedé tan impresionado que me entró el gusanillo y, con lo que me dijo el compañero, me fui al SEPU y me compré una Kodak Baby que costaba 12,90 pesetas. Desde entonces, muchas máquinas y muchas fotos, que yo revelaba en mi laboratorio.

Hablemos de la exposición itinerante que saca a la luz una pequeña parte de su inconmensurable archivo fotográfico. Sus paisajes y retratos nos recuerdan sin artificios cómo

hemos sido la sociedad y la tierra bajoaragonesa, su archivo es la memoria visual de nuestra historia reciente. El título “Con la cámara a cuestas”, le define porque siempre va con ella. Y es un homenaje hacia usted, autor y testimonio de un siglo de vida en el Bajo Aragón. ¿Qué ha supuesto para usted esta exposición?

Una alegría. Yo puse mi archivo a su disposición, normalmente tengo las fotos en A4, siempre lo hago, ahora también, a los nietos y bisnietos, con la fecha, porque es la única forma de que puedan verse una y mil veces; si tenías que buscarlas en los negativos o ahora en el ordenador, no se disfrutaban. Ellos, los de la Fundación Quilez Llisterri y los del Museo de Mas de las Matas, pudieron elegir las y hacer la exposición. Además, el catálogo es especial; la DGA y los comisarios lo han hecho muy bien. Estoy muy contento de los resultados y de que pueda ir por los pueblos y darse a conocer.

La selección es muy buena, incluye alguna foto en color, como esta de otoño en el Bergantes, en la localidad de Aguaviva, que hice en 2009. Me ha gustado investigar y adaptarme a lo que hay. Cuando empecé con el color las primeras fotos fueron una catástrofe, sin calidad, siempre aprendiendo. Hay muy buenas cámaras ahora.

Llevar siempre la cámara es importante porque donde menos lo esperas aparece una fotografía bonita. Muchas de estas ya no se pueden repetir. Y otras me traen muchos recuerdos; esta, por ejemplo, la de José Irazo, el Pastor de Andorra, la tomé en el Ventorrillo en 2003. Estuve con él mucho tiempo, me contó todas sus peripecias, sus aventuras con los Coros y Danzas por Estados Unidos, etc. Y también hay momentos especiales cotidianos, como la foto de las colegialas en el arco del Trinquete de Alcañiz, que son mis hijas, tomada en 1958, o la de mi mujer y mi hijo bañándose en el balde. Me gusta captar momentos, como el humo de los cigarrillos o de las chimeneas y también pequeños detalles.

¿De dónde saca la energía para estar tan activo? No se ha querido sentar durante la presentación, sigue haciendo fotos, se ha traído su cámara, sigue activo con su huerto, su familia...

Tengo mucho tiempo para discurrir y en cualquier sitio encuentro un motivo de satisfacción.

Imágenes, las de esta exposición, muy bien trabajadas, cultivadas por el alma de un artista. Imágenes de buen tempero, las de Miguel Perdiguier. (Ramón Mur en el catálogo)